



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

La ética del testimonio

Paula Kuffer¹

Resumen:

La presente comunicación propone un discurso público de la memoria a partir de la figura del testimonio, fundado en las premisas benjaminianas sobre la escritura de la historia, que como eje fundamental versa sobre la historia de los oprimidos. Esta revela la verdad misma de la historia, ya que está consagrada a no olvidar nada, ni el reino de los poderosos del que es víctima, ni la tradición de las víctimas que tiene como función perpetuar. Se trata de un relato que escapa a la continuidad temporal postulada por el historicismo, que convierte en pura nada a las víctimas al integrarlas en un relato causal que supone necesaria su muerte. Si la verdadera escritura de la historia pasa por «leer lo que nunca se ha escrito», por atender a esas luchas fracasadas que nunca entraron en el relato épico de los vencedores, el verdadero testimonio pasa por los que no han podido testimoniar. El historiador, como actor de la historia, debe hacerse responsable de ese pasado. La ética del testimonio atiende a la laguna esencial que expone la dialéctica entre los hundidos y los salvados y manifiesta claramente esa relación utópica con el pasado y no, como preconiza la ideología del progreso, con el futuro.

¹ Investigadora y doctoranda en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro del proyecto de investigación “Guía de Ser y tiempo de Martin Heidegger”, financiado por el Departamento de Ciencia y Cultura de España (Ref. FFI 2009-13187 FISO). Título de la tesis doctoral: «Tiempo y memoria en la obra de Walter Benjamin», paula.kuffer@uab.cat, paula.kuffer@gmail.com



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria.*

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

La ética del testimonio

Niemand / zeugt für den / Zeugen

Paul Celan, *Atemwende* (1967)

Volver la vista atrás

La presente comunicación propone un discurso público de la memoria a partir de la figura del testimonio, fundado en las premisas benjaminianas sobre la escritura de la historia, que como eje fundamental versa sobre la historia de los oprimidos. Esta revela la verdad misma de la historia, ya que está consagrada a no olvidar nada, ni el reino de los poderosos del que es víctima, ni la tradición de las víctimas que tiene como función perpetuar. Se trata de un relato que escapa a la continuidad temporal postulada por el historicismo, que convierte en pura nada a las víctimas al integrarlas en un relato causal que supone necesaria su muerte. Si la verdadera escritura de la historia pasa por “leer lo que nunca se ha escrito”, por atender a esas luchas fracasadas que nunca entraron en el relato épico de los vencedores, el verdadero testimonio pasa por los que no han podido testimoniar. El historiador, como actor de la historia, debe hacerse responsable de ese pasado. La ética del testimonio atiende a la laguna esencial que expone la dialéctica entre los hundidos y los salvados y manifiesta claramente esa relación utópica con el pasado y no, como preconiza la ideología del progreso, con el futuro.

No sobra remarcar desde un primer momento que la filosofía de la historia benjaminiana ocupa un lugar muy peculiar entre las filosofías de la historia a las que estamos acostumbrados, pues arremete contra todos los prejuicios que, a fuerza de repetirse, desde el historicismo se han instaurado en el imaginario de la escritura histórica. Estamos acostumbrados a pensar en la historia como una sucesión de hechos objetivos y cerrados que tuvieron lugar en el pasado. A su vez, no nos cabe la menor duda de que la historia la escriben los vencedores y que se trata de un discurso de legitimación del presente, y no dudamos en tachar de iluso a quien pueda llegar a afirmar lo contrario. Estamos acostumbrados a pensar que a medida que pasa el tiempo hay un progreso, que las cosas mejoran, que tienen una finalidad y un sentido. Una historia que se escribe desde esta perspectiva presenta un relato que encadena



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

causalmente los hechos, y por lo tanto no duda en establecer una continuidad lineal y una necesidad entre ellos. Poco importa cuál sea la finalidad a la que aspiran las filosofías de la historia que se apropian de esta perspectiva, ya sea el desarrollo del espíritu hacia la conciencia de su libertad, ya sea la sociedad sin clases del marxismo. La cuestión fundamental es que se trata de filosofías que atienden a un futuro que se prevé que acontecerá necesariamente, y aunque ese futuro sea una promesa de felicidad, ésta siempre queda aplazada para más adelante. Porque... ¿qué consuelo ofrece a las víctimas la filosofía de la historia hegeliana, por ejemplo? ¿O incluso el cristianismo o el marxismo? Ninguna. Desde la ideología del progreso sólo se escribe una historia narcisista, meramente preocupada por su propia legitimación: una historia nihilista que convierte a los muertos en pura nada, en víctimas necesarias para llegar a un final concreto, ya sea el reino de Dios, la autoconciencia del espíritu o la sociedad sin clases. Son filosofías de la historia que no vuelven la vista atrás, que sólo tienen una mirada para el futuro. La ideología del progreso nos presenta una historia optimista, un camino permanente hacia la realización final de la humanidad, que tiende a excluir los fracasos, incluso en la versión hegeliana, la cual incluye la muerte y la tragedia y los procesos negativos como un motor hacia una etapa final positiva de autoconciencia y libertad. Hegel es uno de los máximos exponentes de esta visión de la historia, con su consecuente canonización de todo aquello existente, expuesto su famosa sentencia que reza “todo lo real es racional y todo lo racional es real”. Para Hegel, la historia es la que resuelve en último término el sentido que hay que dar a los acontecimientos; instancia definitiva, decide, a través del éxito o fracaso de las empresas humanas, las que participarán en la aventura de la razón. Esta historia, en la que triunfa el más fuerte y desaparece el más débil, representa, en su esencia misma, la historia de los vencedores. Para Hegel, el juicio de la historia es el que hace que la historia juzgue a los hombres; para Benjamin, es el que hace que los hombres juzguen a la historia. El juicio, en el sentido que le da Benjamin, designa el combate siempre reanudado que libran los vivos —y entre ellos el historiador— para tratar de salvar la herencia de los vencidos.

El historiador que salva al pasado del conformismo que amenaza con tragárselo lo hace porque se siente responsable del pasado. El pasado nos es transmitido a través de una tradición hermenéutica que selecciona los acontecimientos, elige uno, rechaza otros y decide sobre su interpretación. Para Benjamin, sin embargo, fijar una imagen del pasado consiste en “adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

peligro”,² y no conocerlo “como verdaderamente ha sido”. Porque “el don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo le es dado al historiador absolutamente convencido de que ni siquiera los muertos estarán seguros si el enemigo vence. Y ese enemigo no ha cesado de vencer”.³

La continuidad con la que se transmite de generación en generación la historia de los vencedores es la condición indispensable para que tenga garantías de permanencia. Para poderla cuestionar hay que romper la continuidad de la tradición historiográfica en un punto determinado: ese mismo punto en que el historiador materialista interviene para arrojar una nueva mirada sobre el pasado y salvar del olvido la historia de los vencidos. La construcción de la historia quedará entonces “dedicada a la memoria de los sin nombre”.⁴ Estos sin nombre, esas “floreillas” hegelianas al borde del camino que inevitablemente arrollaba el *Weltgeist* en su desarrollo, y que hacían del olvido el epicentro de la filosofía de la historia, harán que sea la memoria la que se convierta en el fundamento de esta filosofía de la historia, hasta hacer de ella un imperativo.⁵ Este cambio radical de perspectiva histórica, esta voluntad de asumir la memoria de los olvidados, es el efecto de una opción que podemos llamar política, pero que también para Benjamin representa una decisión *ética*.

Que la filosofía de la historia de Benjamin se consagre a la historia de los vencidos y esté más allá de la reconstrucción desde el presente el relato épico de no significa, sin embargo, que la suya sea una mirada tangencial. Es más, la memoria de los vencidos es la que revela la verdad de la historia, ya que está consagrada a no olvidar nada: ni el reino de los poderosos del que es víctima ni la tradición de las víctimas que debe perpetuarse. La suya es una filosofía de la historia que pretende salvar a los muertos, pero no sólo del olvido, no sólo pretende recordarlos y conmemorarlos, empatizar con sus sufrimientos, sino actualizar sus luchas en el presente.

En su discurso sobre la escritura de la historia, Benjamin no incurre en la ilusoria y engañosa pretensión de reconstruir el pasado desde un presente neutro que vuelve la

² Benjamin, Walter, “Tesis de filosofía de la historia”. En: *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1989, (En adelante se citará únicamente el número de la tesis referida.)

³ Tesis VI.

⁴ Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften I*, 3, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1991, pág. 1241.

⁵ Será Adorno, amigo y lector de Benjamin, quien formule el imperativo de la memoria: «Hitler ha impuesto a los seres humanos en su estado de falta de libertad un nuevo imperativo categórico: reorientar su pensamiento y su acción de tal modo que Auschwitz no se repita, que no vuelva a ocurrir nada semejante.» Adorno, Theodor Wiesengrund, *Negative Dialektik*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1966, pág. 353.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

vista atrás y se cree capaz de aprehender aquello que fue tal y como fue. En este sentido, Benjamin entiende que la imagen del pasado sólo puede llegar hasta nosotros a través del relato que hacemos desde la instancia de presente: es decir, entiende que el historiador se encuentra abocado a la interpretación. Y esta imagen del presente que profesa el historiador determina la escritura de la historia, determina su visión del pasado y del futuro. El tiempo histórico, pues, nos dice Benjamin, se constituye en el presente. Como historiador que se sabe anclado a su presente, se centrará en la crítica a la dominante idea de progreso para cuestionar una concepción de la historia que reconstruye el pasado como si fuera una acumulación de “hechos” con la pretensión de prever el futuro, sin atender a la novedad —o utopía—. Y puesto que toda filosofía de la historia postula una concepción del tiempo, en Benjamin será el presente, o el ahora de la legibilidad, el que ocupará un lugar central, pues se erigirá en el tiempo de la posibilidad. Con esta idea de memoria histórica como presencia del pasado orientada al conocimiento del presente, Benjamin pretendió fundamentar un nuevo método dialéctico del historiador, que reclama un “giro copernicano”⁶ en la visión de la historia: “Se tomó por un punto fijo “lo que ha sido”, y se vio el presente esforzándose tentativamente por dirigir el conocimiento hasta ese punto estable. Pero ahora debe invertirse esa relación, y lo que ha sido debe recibir su fijación dialéctica de la síntesis que lleva a cabo el despertar con las imágenes oníricas contrapuestas. La política obtiene el primado sobre la historia. Y, ciertamente, los “hechos históricos pasan a ser lo que ahora mismo nos sobrevino: constatarlos es la tarea del *recuerdo*. El despertar es el caso ejemplar del recordar [...] Hay un “saber aún no consciente” de lo que ha sido, y su afloramiento tiene la estructura del despertar.”⁷

Recordar y despertar comparten una íntima afinidad, “pues despertar es el giro dialéctico, copernicano, de la rememoración. El nuevo método dialéctico de la historiografía enseña a discurrir por el pasado en el espíritu con la rapidez e intensidad de los sueños, para experimentar así el presente como el mundo de la vigilia al que en último término se refiere todo sueño.”⁸ Benjamin se opone así a la tradición positivista que al hacer suyo el principio de la causalidad al referirse a los acontecimientos del

⁶ Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, Akal, Madrid, 2004, <hº, 2>, pág. 875.

⁷ *Ibid.*, <hº, 2>, pág. 875.

⁸ *Ibid.*, <hº 4>, pág. 876.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

pasado aleja los hechos históricos de la experiencia del sujeto. Esta crítica expresa una exigencia benjaminiana, que no es otra que el compromiso del recuerdo con el conocimiento del presente. Pero Benjamin da un paso más: el recuerdo es capaz de corregir el pasado, pues la historia no es una ciencia, y en la experiencia rememorativa es capaz de modificar aquello que la ciencia ha establecido. De ahí la posibilidad de la redención (*Erlösung*).

La rememoración, por ejemplo, es una de las tareas del enano teológico oculto en el materialismo del que Benjamin habla en la primera de las tesis, donde de entrada se presenta esta asociación paradójica entre materialismo y teología. En una de las anotaciones del *Libro de los pasajes*, dice sobre la historia: “La historia no es sólo una ciencia sino también y no menos una forma de rememoración (*Eingedenken*). La rememoración puede modificar lo que la ciencia da por definitivamente establecido.” “Esto es teología”, acepta Benjamin, pero añade: “En la rememoración hallamos una experiencia que nos impide comprender la historia de un modo fundamentalmente ateológico.”⁹ En nombre de esta exigencia ética hay que buscar el sentido teológico de la última filosofía de la historia benjaminiana. Los conceptos derivados de la mística judía tienen precisamente la función de subvertir la razón histórica dando una nueva oportunidad a todo lo que en el pasado ha sido aplastado, olvidado o abandonado. La noción benjaminiana de rememoración retoma la categoría judía del *Zekher*, que no designa la conservación en la memoria de los acontecimientos del pasado sino su actualización en la experiencia presente. La tarea de la rememoración es salvar lo que ha fracasado, de la misma forma que la redención no significa una relación tangencial con el futuro; más bien se trata de la posibilidad presente de realizar lo que nos ha sido negado. Sin embargo, la esperanza mesiánica no se debe concebir como la tendencia hacia una utopía destinada a realizarse con el fin de los tiempos: más bien alude a una vigilia extrema, a la facultad para detectar aquello que, en cada instante, deja traslucir la energía revolucionaria de lo nuevo. La rememoración busca en el pasado la imagen semioculta en la que pueda reconocerse un futuro.¹⁰ Se trata de leer el presente según el pasado, de reconocer en el pasado los signos de un presente aún por venir.

⁹ *Ibid.*, [N 8, 1], págs. 473 y 474.

¹⁰ Szondi, Peter, “Hoffnung im Vergangenen. Über Walter Benjamin. En: *Satz und Gesetz*, Insel Verlag, Frankfurt am Main, 1965.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Benjamin se refiere a la experiencia rememorativa propia del verdadero método histórico, una experiencia que remite a una concepción teológica de la historia desde el momento en que se advierte en ella su vinculación con las imágenes de la felicidad. El pasado regresa en las imágenes de la remembranza como el no-haber-sido de una felicidad recordada, anhelada o prometida en cada presente: “En la representación de la felicidad resuena inexorable la de la redención. Y lo mismo sucede con la representación del pasado que se hace historia. El pasado lleva consigo un índice secreto que lo reconduce a la redención.”¹¹

Aquí se explicita la dimensión política de la memoria, aunque sea en términos teológicos, al referirse la idea profana de felicidad a la de redención. “¿Acaso no flota en el ambiente algo del aire que respiraron quienes nos precedieron? ¿No hay en las voces a las que prestamos oídos un eco de voces ya acalladas? Y las mujeres que cortejamos ¿no tienen hermanas que ellas nunca conocieron? Si esto es así, entonces existe una cita secreta entre las generaciones pasadas y la nuestra. Hemos sido esperados sobre la Tierra. A nosotros, como a cada generación precedente, nos ha sido dada una débil fuerza mesiánica sobre la que el pasado tiene derechos. No se puede despachar esta exigencia a la ligera. Quien profesa el materialismo histórico lo sabe.”¹²

Aquí no es el futuro lo que importa, sino el presente. Pensar en la felicidad no significa proyectarla en un futuro. Ese pasado que se malogró está entre nosotros en la medida que fue un presente posible: el pasado es un presente que no está amortizado, y ya no una consecuencia del pasado fáctico. Y ese pasado posible sólo podría ser presente si fuera redimido de su fracaso, por eso “en la representación de la felicidad resuena inexorable la de redención”. La redención del pasado implica reparar el abandono y la desolación del pasado, la redención del pasado es esa realización y esa reparación.¹³

No se trata de la transmisión de una tradición, se trata de crear otra nueva. El problema no es dar con los elementos de continuidad, sino con los que han quedado interrumpidos, los que nunca llegaron hasta nosotros. Ese pasado sin continuidad entra

¹¹ Tesis II.

¹² *Ibíd.*

¹³ Benjamin encuentra en el filósofo Hermann Lotze (1817-1881) un importante cómplice en su crítica al concepto de progreso en la historia. Benjamin cita diversos fragmentos de Lotze en el *Libro de los Pasajes*, donde resuenan sus propias tesis: «No hay progreso si las almas que han sufrido no tienen derecho a la dicha (*Glück*) y a la realización (*Vollkommenheit*)... Es preciso que el progreso se cumpla también para las generaciones pasadas, de una manera misteriosa (*geheimnisvolle*). Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, *op. cit.*, [N 13, 3] pág. 481 y [N 13 a, 2], pág. 482.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria.*

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

en conflicto con el horizonte interpretativo del historiador habitual. Entre ese pasado y este presente no hay continuidad, no hay progreso, hay un “cita secreta”, “una débil fuerza mesiánica”, una responsabilidad de las generaciones actuales respecto a las pasadas.

Contra el tiempo

Toda filosofía de la historia propone un concepto de tiempo. Benjamin, frente al tiempo homogéneo y vacío, que remite a una concepción cuantitativa del tiempo como factor de medición dando como resultado una historia lineal, causal, y cuyo correlato histórico es la creencia en el progreso, formula una desformalización del tiempo cuantitativo, una experiencia subjetiva del tiempo. Rechaza los “hechos” históricos del historicismo, los cuales son considerados objetivos, y a partir de cuya acumulación, tal como plantea el método inductivo, se deducen unas leyes generales, la objetividad de las cuales se considera tan obvia como la de los “hechos” científicos. Rechaza la concepción del tiempo histórico que se hace eco de esta perspectiva y su modelo, el del tiempo físico, el cual se concibe como un medio continuo y lineal en el que se puede desarrollar sin ruptura el encadenamiento indefinido de las causas y los efectos.

Desde una concepción cuantitativa del tiempo (que es el tiempo de la técnica, el de la burguesía que lo convierte en unidades homogéneas y mesurables, y por tanto mercantilizables) se escribe una historia progresista: causal, lineal, racional, es decir necesaria, metafísica, que convierte a los muertos en pura nada, en mera astucia de la razón. Una historia causal hace que los que no coinciden con el discurso del progreso se conviertan en pura nada. Progreso es progreso técnico. Y la guerra es la verdad de la técnica.

La percepción del tiempo como una forma vacía en la que los acontecimientos de la vida psíquica se van alojando había sido cuestionada por san Agustín, y desde principios de siglo XX, por Bergson, y a partir de premisas diferentes, por Husserl y luego Heidegger. Benjamin aplica el principio de esta desformalización al análisis del tiempo histórico, mostrando que el pasado, el presente y el futuro no son segmentos sucesivos de una línea continua sino que representan tres estados específicos de la conciencia histórica. No se puede seguir hablando, como el historicismo, de una historia



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

universal que “procede por adición. Moviliza a la masa innumerable de hechos del pasado para llenar el tiempo homogéneo y vacío.”¹⁴

Un tiempo cualitativo implica una discontinuidad, supone que se atiende a las rupturas y a las crisis frente a la aparente continuidad del relato de los vencedores. A la continuidad temporal de la ideología del progreso, opone el advenir discontinuo, puntual e instantáneo del tiempo histórico. “Hacer saltar del continuo del curso de la historia el objeto de la historia es una exigencia de su estructura monadológica. Ésta sale por primera vez a la luz en el objeto que se ha hecho saltar.”¹⁵ Al hacer estallar la continuidad histórica se constituye el verdadero objeto histórico, El propio objeto histórico se constituye al hacer estallar la continuidad histórica: “De hecho, desde el curso continuado de la historia no se puede apuntar a un objeto de la misma. Por eso también la historiografía, desde siempre, se ha limitado a entresacar un objeto de este transcurso delimitado. Pero lo ha hecho sin fundamento, como último recurso, porque lo primero también fue siempre para ella volver a encajar el objeto en el continuo que se había vuelto a procurar con la empatía. La historiografía materialista no escoge sus objetos a la ligera. No los entresaca del transcurso, sino que los hace saltar de él. Sus procedimientos son más complejos, sus acontecimientos mucho más esenciales.”¹⁶ Es como si la conciencia política del presente “saltara” por encima de los siglos para captar un momento del pasado en el que se reconoce; no para conmemorarlo, sino para reanimarlo, darle una vida nueva, y tratar de realizar hoy lo que faltó ayer. “La conciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia es propia de las clases revolucionarias en el momento de su acción”, como dice en la tesis XV. La imagen del pasado que debe leer el verdadero historiador irrumpe de improviso: “La verdadera imagen del pasado pasa de súbito (*huscht vorbei*). El pasado sólo puede ser retenido como imagen que fulgura (*aufblitz*) en el instante de su cognoscibilidad (*im Augenblick seiner Erkennbarkeit*) para no ser vista nunca más... Pues es una imagen irrevocable del pasado la que corre el riesgo de desaparecer con cada presente que no se reconozca mentado en ella (*in ihm erkannte*).”¹⁷ De ahí el designio de “cepillar la historia a contrapelo”.¹⁸

¹⁴ Tesis XIII.

¹⁵ Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, op. cit, [N 10, 3], pág. 477.

¹⁶ *Ibid.*, [N 10 a, 1], págs. 477 y 478.

¹⁷ Tesis V.

¹⁸ Tesis VII.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Leer lo que nunca fue escrito

En una de las notas que se encontraron en vistas a la redacción de las *Tesis de filosofía de la historia* hay una que se refiere al historiador verdadero: “*Leer lo que nunca fue escrito*, se dice en Hofmannsthal. El lector en el que debe pensarse aquí es el historiador verdadero.”¹⁹ Que el cometido del verdadero historiador sea leer lo que nunca se ha escrito plantea que la escritura de la historia no debe emplearse en la reconstrucción épica de un pasado inerte con los hechos memorables que los vencedores escribieron. La visión política del presente que plantea la escritura de la historia benjaminiana ilustra el parentesco de la situación que vivimos con las luchas y sufrimientos de las generaciones que nos precedieron. Esta memoria histórica no tiene nada de acumulativo; no carga el presente con una suma de acontecimientos que este último tendría que conservar. La centralidad del concepto de memoria de Benjamin es inexplicable sin la carga de futuro que contiene el concepto de pasado. Se trata de una construcción que no es restauración sino creación de algo nuevo inspirado en las ruinas del pasado, es decir, en las injusticias y la muerte. Se trata de la presencia en el presente de un pasado que nunca estuvo presente, en un “salto del tigre”, un gesto hermenéutico en el que se busca actualizar aquello oprimido u olvidado, leer lo que nunca fue escrito, precisamente porque no es la historia de los vencedores. Como Benjamin había dicho comentando a Kafka, “el olvido concierne siempre a lo mejor, porque concierne a la posibilidad de la redención”.²⁰

No se trata tanto de recuperar el pasado como de salvarlo. Pero no sólo salvarlo del olvido. Si el recuerdo se contentara con devolver los acontecimientos del pasado al patrimonio colectivo y celebrar su culto, con una mera conmemoración de los fracasos y las víctimas, éstos quedarían para siempre perdidos en el conformismo de la tradición.²¹ En Benjamin, salvar al pasado significa “arrancarlo al conformismo que, en cada

¹⁹ [Benjamin Archiv, Ms 470], citado en: Mate, Reyes, *Medianoche en la historia*, Trotta, Madrid, 2006.

²⁰ Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften* II, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1991, pág. 434.

²¹ En este sentido, parece inevitable la distinción entre rememoración y conmemoración, pues los fenómenos son salvados «no sólo, y no tanto, del descrédito y del desprecio en que han caído, cuanto de la catástrofe a que los aboca muy frecuentemente la exposición que hace de ellos un determinado tipo de tradición, «honrándolo como herencia. – Hay una tradición que es catástrofe.» El *Libro de los pasajes*, op. cit., [N 9, 4], pág. 475.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

instante, amenaza con violentarlo”,²² actualizarlo en nuestro presente. “La forma en que honramos el pasado convirtiéndolo en una “pequeña herencia” es más funesta de lo que sería su pura y simple desaparición.”²³

El ahora de la legibilidad al que se refiere Benjamin es “la contrapartida exacta”²⁴ del principio hermenéutico corriente, según el cual toda obra puede ser en todo instante objeto de una interpretación infinita, en el doble sentido de que no se agota jamás y de que es posible independientemente de su situación histórico temporal. Leer la historia, pues, es reconocer: recordar lo que nunca fue escrito en el momento en que le llega la legibilidad. La lectura de la historia en Benjamin está, ante todo, más allá de lo escrito, de las huellas que la astuta razón teleológica imprime en los archivos cautelados por los vencedores, y por ello, ajenos a la muerte y la injusticia. La historia se acrisola en imágenes que pueden y deben ser leídas en el ahora reconocible e irreplicable de su constelación con el presente. Leer, en Benjamin, es tanto reconocer como recordar lo que nunca fue escrito. Esta historia se caracteriza como imagen dialéctica de la memoria, y por ello, no está fragmentada en relatos —no se trata de una épica de la razón— sino en imágenes que sobrevienen de improviso y sólo pueden leerse o reconocerse como destellos que brillan en el ahora de la rememoración —y no de la conmemoración, ritual institucional que queda del lado del discurso sobre la justicia pero que, al fin y al cabo, no hace justicia. Es pues el tiempo presente, este ahora en relación dialéctica —es decir imaginal y no temporal— con cualquier pasado, la condición de posibilidad de la lectura de imágenes de la que, según Benjamin, depende la cognoscibilidad de la historia.

La imagen dialéctica, nacida en la iluminación del instante presente, reúne como en un foco un momento del pasado y un momento del futuro. El ahora de la legibilidad disloca la cronología, no anulando la diferencia temporal, sino haciendo el pasado y el futuro coextensivos del presente. La imagen dialéctica determina la percepción política de la historia: provocar el choque del pasado y del presente para que nazca una imagen dialéctica es precisamente descifrar el pasado a través de nuestro presente, es decir, hacer de él una lectura política.

²² Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, I, 2, *op. cit.*, pág. 659.

²³ Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, I, 3, *op. cit.*, pág. 1242.

²⁴ Agamben, Giorgio, *El tiempo que resta*, Trotta, Madrid, 2006, pág. 141.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Las imágenes dialécticas son “el fenómeno original de la historia”, permiten a los diferentes elementos del pasado “recibir un grado de actualidad superior al que tuvo en el momento de su existencia”.²⁵ La historia depende de un ahora, donde sólo puede advenir la legibilidad o cognoscibilidad de las imágenes dialécticas, un ahora que está estrechamente relacionado con el momento del despertar. El índice histórico de las imágenes, dice Benjamin, no sólo dice a qué tiempo determinado pertenecen, dice sobre todo que sólo en un tiempo determinado alcanzan legibilidad. Y ciertamente, este “alcanzar legibilidad” constituye un punto crítico determinado del movimiento en su interior. Todo presente está determinado por aquellas imágenes que le son sincrónicas: todo ahora es el ahora de una determinada cognoscibilidad. En él, la verdad está cargada de tiempo hasta estallar. La imagen leída, o sea, la imagen en el ahora de la cognoscibilidad, lleva la marca del momento crítico y peligroso que subyace a toda lectura. En este sentido, Benjamin se distancia de Heidegger, pues dice que este busca en vano salvar la historia de un modo abstracto mediante la historicidad. Leer la historia, en Benjamin, es recordar lo que nunca fue escrito en el momento en que le llega la legibilidad. La imagen dialéctica, nacida en la iluminación del instante presente, reúne como en un foco un momento del pasado y un momento del futuro. El ahora de la legibilidad disloca la cronología, no anulando la diferencia temporal, sino haciendo el pasado y el futuro coextensivos del presente.

Se atisba una relación secreta, o puede que sólo olvidada, entre la lectura y el recuerdo. La lectura se vuelve hacia un pasado que ella misma transforma en memoria rapsódica, y una lectura así no puede ser más que “segunda” con respecto a otra, la precedencia de la cual convierte a la interpretación en repetición imposible. Se trata de la repetición en cada lectura de la imposibilidad literal de “leer según otro”. De esta infidelidad irrecusable, que revela las fracturas inherentes a toda experiencia rememorativa, dependen al mismo tiempo la pulsión utópica de la que ninguna filosofía de la historia reniega y cierta dimensión poética que aspira, no a la reproducción fidedigna de un pasado, sino a producir el recuerdo de aquello que aún no ha sido presente.

El recuerdo hace que cada presente sea legible “según otro” y supone una secundariedad más radical que la de cierto discurso histórico trabado en el signo y la escritura, el relato y la conmemoración, que evocan su pertenencia a una totalidad

²⁵ Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, op. cit., [K 2, 3], pág. 397.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria.*

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

ausente, a un pasado cuyo decurso es una y otra vez objeto de representación o exégesis. Esta secundariedad más radical, privada de posición relativa si todo presente resulta histórico en tanto que “segundo”, de este modo, no habrá llegado a ser origen, ese lugar que aloja en sí lo primario de un advenimiento a la presencia. Así pues, el origen histórico no sería un acontecimiento del pasado, exterior y anterior a cualquier presente, sino el acontecimiento para el que todavía no ha habido, no hay presente.

La voz del otro

La propuesta de escritura de la historia de Benjamin conduce a la pregunta fundamental sobre el testimonio. Si el verdadero sujeto de la historia, como plantea Benjamin, son los vencidos, también éstos se erigen en el verdadero testimonio. Si la verdadera escritura de la historia pasa por leer lo que nunca se ha escrito, esas luchas fracasadas que nunca entraron en el relato épico de los vencedores, el verdadero testimonio pasa por los que no han podido testimoniar. El historiador debe escuchar el testimonio del que no ha podido testimoniar, debe atender a la laguna esencial de la dialéctica entre los hundidos y los salvados.

Dice Benjamin que “el verdadero método para hacerse presentes las cosas es plantarlas en nuestro espacio (y no nosotros en el suyo). [...] No nos trasladamos a ellas, son ellas las que aparecen en nuestra vida”.²⁶ La filosofía de la historia benjaminiana nos encamina hacia los muertos, hacia las víctimas que fenecieron en su lucha, y nos impele a hacerlas presentes en nuestra vida, en el relato que hacemos de sus vidas; porque la historia no es más que el relato que hacemos de ella. Es su voz la que debe resonar en nuestro presente, son sus gestos los que debemos abrigar como nuestro patrimonio. Una voz que quedó acallada, una lucha fracasada, una historia que no pudo escribirse. De ahí que el historiador se vea abocado a “leer lo que nunca fue escrito”, del mismo modo que debe aguzar el oído y escuchar el silencio de las voces, escuchar lo no dicho.

No se trata, sin embargo, de oxímorons retóricos. En su filosofía de la historia, Benjamin nos exhorta a actualizar las luchas de los vencidos. Pero enfrentarse al silencio de los muertos, leer aquello que nunca fue escrito puede acabar perdiéndose en el espejo de las aporías. Establecer una analogía entre testimoniar de un testimonio que

²⁶ *Ibíd.*, [H 2, 3], pág. 224.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

falta y leer lo que nunca fue escrito no pretende dibujar ninguna acrobacia lógica. Dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar responde a la misma paradoja que exige leer lo que nunca fue escrito. En esa paradoja se juega la redención benjaminiana y contiene la misma tensión que se expresa en el sujeto del testimonio, que acoge dos sujetos: el del salvado que testimonia por el hundido. El rostro de Jano del historiador con una cabeza atiende a los hundidos y con la otra a los salvados.

El escritor Primo Levi —así lo define Agamben—²⁷ es un tipo de testigo perfecto, pues es el único que se propone testimoniar a plena conciencia en nombre de los hundidos. Al regresar de los campos de concentración, no podía dejar de contar, sentía una necesidad irrefrenable de contar, a quien fuera, donde fuera; después empezó a escribir. Sin embargo, en ese relato siempre se trasluce una laguna, pues el testimonio mismo contiene una laguna. Como dice Levi: “Hay también otra laguna, en todo testimonio: los testigos, por definición, son quienes han sobrevivido y todos han disfrutado, pues, en alguna medida, de un privilegio [...] El destino del prisionero común no lo ha contado nadie, porque, para él, no era materialmente posible sobrevivir.”²⁸

Precisamente en el testimonio se manifiesta la relación utópica con el pasado y no con el futuro. Una ética del testimonio, tal como plantea Agamben, supone que los supervivientes no son los verdaderos testimonios, sino los hundidos. En este sentido, los verdaderos testigos son los que no han podido, los que nunca podrán testimoniar. Y eso significa que el testimonio del superviviente da testimonio de algo que no puede ser testimoniado, de la laguna esencial que incluye todo testimonio: la voz de los muertos. Y del mismo modo que Benjamin conmina al verdadero historiador a leer aquello que nunca fue escrito, se impone como otra de sus tareas escuchar esta laguna. Agamben nos presenta, frente a la incapacidad de las categorías morales de nuestro tiempo, una nueva ética: la del testimonio. Son las voces de los testigos, como laguna y resto de lo intestimoniado, la presencia sin rostro que todo testimonio contiene necesariamente, las que se trata de escuchar. El testimonio del superviviente únicamente tiene verdad y razón de ser si suple al del que no puede dar testimonio.

²⁷ Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz*, Pre-Textos, Valencia, 2000. Tomando como una de sus principales referencias a Primo Levi, al que considera «un tipo de testigo perfecto», presenta una fenomenología del testimonio.

²⁸ Levi, Primo, *Entrevistas y conversaciones*, Península, Barcelona, 1998, pág. 215 y ss.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Sin embargo, esa laguna no impide el habla. Al contrario, la reclama. Esa laguna —esa experiencia que queda fuera de todo discurso— nos revela que el pasado pertenece a los muertos. Esa propia laguna, que a su vez pone en entredicho la autoridad misma del testimonio, es sin embargo aquello que da sentido al testimonio, porque no hay nadie que pueda volver para contar su propia muerte. Como dice Levi: “Nosotros hablamos por delegación.”²⁹ Hablan por todos aquellos que han quedado sin voz, por todos a los que se les ha arrebatado la vida y la palabra. “No somos nosotros —añade Levi—, los supervivientes, los verdaderos testimonio. [...] Los que tuvimos suerte hemos intentado, con mayor o menor discreción, contar no solamente nuestro destino sino también el de los demás, precisamente el de los hundidos; pero se ha tratado de una narración ‘por cuenta de terceros’, el relatos de cosas vistas de cerca pero no experimentadas por uno mismo”.³⁰ Pero que los supervivientes hablen por delegación no significa que den una voz a los muertos, que hablen por ellos, sino que testimonian de la falta de testimonio, testimonian de aquello intestimoniable, hacen una lectura de aquello que nunca fue escrito. Leer un texto invisible, escuchar lo nunca dicho no significa ni escribir los textos que nunca se escribieron, ni hablar por los que no tienen voz. Ese sería un gesto no sólo soberbio, sino también injusto y falaz. En realidad, el testimonio “vale en lo esencial por lo que falta en él; contiene, en su centro mismo, algo que es intestimoniable, que destruye la autoridad de los supervivientes. Los ‘verdaderos’ testigos, los ‘testigos integrales’ son los que no han testimoniado. Los que lograron salvarse, como seudotestigos, hablan en su lugar, por delegación: testimonian de un testimonio que falta. [...] Quien asume la carga de testimoniar por ellos sabe que tiene que dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar.”³¹

El testimonio es aquel que presta su voz al sujeto de la historia benjaminiana, a los hundidos, aquel que nos permite leer lo que nunca fue escrito. Por eso no cabe entender testimonio en el sentido de testis, aquel tercero que se sitúa entre dos litigantes. Testimonio es aquel que cede la voz a los muertos, aun sabiendo que se trata de una articulación imposible; testimonio es quien da cuenta de esa imposibilidad. El hundido y el que da testimonio en su lugar son una mirada única, en realidad, la misma imposibilidad de ver. Se trata de una relación utópica no con el futuro sino con el pasado que se articula en la rememoración, categoría central del tiempo ahora.

²⁹ Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, Muchnik, Barcelona, 1989, págs. 72 y 73.

³⁰ *Ibíd.*

³¹ Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz*, op. cit., pág. 34.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

La fenomenología del testimonio muestra la dialéctica entre el superviviente y el hundido, entre el hombre y aquel hombre que ha fenecido frente al hombre, entre el hombre y el que ha llegado a convertirse en no-hombre.³² En este sentido, si el verdadero testimonio es aquel que no puede testimoniar, el no-hombre, en realidad la lección reza que el testigo integral del hombre es aquel cuya humanidad ha sido destruida. “El hombre es lo que puede sobrevivir al hombre.”³³ El sujeto del testimonio, pues, acoge dos sujetos: el hombre testimonia por el no-hombre. En realidad, el que verdaderamente testimonia sobre el hombre es el no-hombre, y el hombre no es más que el mandatario del no-hombre, el que le presta la voz. Testimoniar es un movimiento de desobjetivación (el hundido que inevitablemente calla) y objetivación (el superviviente que habla sin tener —en propio— nada que decir).³⁴ Se trata de una dialéctica en la que aquel que está privado de la palabra, sumido en la imposibilidad de hablar, sin embargo hace hablar a aquel que, en sus propias palabras, pone en juego la imposibilidad misma de hablar. No es posible sin embargo asignar la posición de sujeto al verdadero testigo: hombre y no-hombre entran en una zona de indeterminación, un campo de fuerzas. No hay, pues, sujeto del testimonio. Frente al discurso humanista y antihumanista, no se puede decir ni que todos los hombres son humanos ni que tan sólo algunos. Lo que el testimonio dice es que los hombres son hombres en cuanto testimonian del no-hombre. Y sin embargo, no hay restitución posible: “Nadie ha muerto en lugar mío. Nadie. Nunca se está en el lugar de otro.”³⁵ El testimonio del superviviente únicamente tiene verdad y razón de ser si suple al del que no puede dar testimonio. El salvado y el hundido son inseparables y sólo su unidad-diferencia constituye el testimonio. Por esto mismo —porque se testimonia sólo allí donde se da una imposibilidad de decir y porque hay un testigo sólo cuando ha habido desobjetivación— el hundido es verdaderamente

³² En su estudio, Agamben habla de hombre y de no-hombre, pues toma al *Muselmann* de los campos de concentración —de los que Levi dice “se duda en llamar muerte a su muerte”— como cifra de lo intestimoniable, incluso como aquel que funda un tercer reino entre la vida y la muerte y que certifica el triunfo sobre la humanidad del hombre. El *Muselmann* es, como lo definió Améry en *Más allá de la culpa y la expiación*, “un cadáver ambulante”, o en palabras de Levi, los *Muselmänner* son “no hombres que marchan y penan en silencio... demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente”. El hecho de que exponga la destrucción del vínculo privilegiado del hombre con lo que lo constituye como humano —la sacralidad de la vida y de la muerte— hace que quede en entredicho la humanidad misma del hombre.

³³ Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz*, op. cit., pág. 85.

³⁴ El propio acontecimiento de palabra, explica Agamben, ese sobre el que reposa toda subjetividad, está marcado por una negatividad radical, o no hace más que expresar una negatividad radical, lo imposible de la expresión, y a la vez nos dice que toda expresión, que toda escritura es rememoración de una vivencia irrevocablemente escindida de la palabra. El propio hablar es un acto paradójico que supone a la vez una objetivación y una desobjetivación.

³⁵ Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, op. cit., pág. 53.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria.*

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

el testigo integral, y por eso no es posible separar al testigo del superviviente. En última instancia se evidencia que ser sujeto y testimoniar son, pues, lo mismo. Pero la paradoja que se presenta en este punto es que si el que testimonia verdaderamente de lo humano es aquel cuya humanidad ha sido destruida, eso significa que la identidad entre hombre y no-hombre no es nunca perfecta, que no es posible destruir íntegramente lo humano, que siempre resta algo. El testigo, dirá Agamben, es ese resto.

El sujeto del testimonio es un resto. Resto no es el sustrato que dejan los procesos históricos de subjetivación y desubjetivación como una especie de fundamento de su devenir. Los procesos históricos no tienen un télos, sino un resto. No hay en ellos o subyacente a ellos fundamento alguno, sino, entre ellos, en su centro mismo, una separación irreductible, en que cada uno de los términos puede situarse en posición de resto, puede testimoniar. Verdaderamente histórico es lo que cumple el tiempo no en la dirección del futuro ni simplemente hacia el pasado, sino en el exceder un medio. El reino mesiánico no es ni futuro ni pasado: es un tiempo como resto. Es en el concepto de resto donde se da la coincidencia de la aporía del testimonio con la mesiánica. El resto no hace sino expresar la imposible coincidencia entre el todo y la parte, con sí mismos y entre ellos. Y del mismo modo que el tiempo mesiánico no es ni el tiempo histórico ni la eternidad, sino la separación que se abre entre ellos, los testigos no son ni los muertos ni los supervivientes, ni los hundidos ni los salvados, sino lo que queda entre ellos.

Conclusiones

Salvar el pasado, en Benjamin, significa construir un relato desde el presente que no vuelva a matar a los muertos relegándolos al utilitarismo narrativo del historicismo, a la segunda muerte del olvido; construir un presente que se reconozca en esas luchas fracasadas, arrolladas por la lógica del progreso y que haga suyo el patrimonio de esas luchas: la imagen dialéctica es ese gesto de reconocimiento y a la vez de ruptura, que da origen al verdadero objeto histórico, al verdadero tiempo histórico, un tiempo repleto de ahora (*Jetztzeit*).³⁶ En realidad Benjamin desenmascara la falsa continuidad postulada por el historicismo y lo enfrenta con la realidad de la discontinuidad, tal y como se

³⁶ Si cada cultura es ante todo una experiencia concreta del tiempo, no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia. Por lo tanto, la tarea original de una auténtica revolución ya no es simplemente «cambiar el mundo» sino también y sobre todo «cambiar el tiempo». Agamben, Giorgio, *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2001, pág. 131.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

manifiesta en la aparición siempre imprevisible de nuevas obras de arte. La idea de la continuidad histórica se revela como una ilusión alimentada por la mitología de los vencedores a fin de borrar toda huella de la historia de los vencidos, a fin de borrar toda huella de los verdaderos testimonios. Las rupturas del discurso histórico, los vaivenes y las revueltas de los oprimidos, la tradición oculta de los excluidos y de los olvidados dan testimonio en nombre de todas las víctimas de la historia. En la construcción del pasado, lo que se juega es el derecho de los muertos, pues el pasado pertenece a los muertos. “La historia de los oprimidos es una historia discontinua mientras que la continuidad es la de los opresores.”³⁷ Si la historia de los oprimidos es esencialmente discontinua, se plantea el reto de cómo relatarla sin imponerle el esquema de la continuidad temporal. Esta objeción se dirige sobre todo a la historiografía marxista que, para Benjamin, siempre amenaza con transformar la historia trágica del proletariado oprimido y sus vanas tentativas revolucionarias en una epopeya victoriosa. Pero también se dirige a la tentación apologética en cuyo nombre las víctimas de la historia corren el riesgo de congelar su propio pasado en forma de herencia destinada, no a ser reactualizada en las luchas del presente, sino a convertirse en un simple objeto de conmemoración. Benjamin escribe en una nota preparatoria de las tesis, sobre esta “aporía fundamental”: “Si queremos enfrentar la tradición como discontinuidad del pasado con la historia como continuidad de los acontecimientos, ¿cómo podemos afirmar al mismo tiempo que la misión de la historia es apoderarse de la tradición de los oprimidos?”³⁸ Esta historia diferente mantiene con el pasado una relación totalmente distinta de la que tiene la razón histórica en el proceso continuo de su evolución. Cuando la historia asume la memoria de los vencidos, toma de la tradición sus rasgos más específicos: su carácter no lineal, sus rupturas y sus intermitencias, es decir, la presencia en ella de una *negatividad* radical. Por oposición a la racionalidad histórica, basada en la ficción de un flujo temporal homogéneo y continuo que va vinculando los instantes que se suceden, la tradición —transmisión de una generación a otra de una memoria colectiva— implica como su condición misma la ruptura temporal, la fractura entre las épocas, el vacío que se abre entre los padres y los hijos. Si, para Benjamin, la tradición es el vehículo de la auténtica conciencia histórica, es porque está basada en la

³⁷ Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, I, 3, *op. cit.*, pág. 1244.

³⁸ Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, I, 3, *op. cit.*, pág. 1236.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

realidad de la muerte.³⁹ De aquí la relación esencial que une, en Benjamin, tradición y redención: de la ruptura temporal nace lo nuevo, es decir, el sentido. “El Mesías interrumpe la historia; el Mesías no aparece al término de una evolución.”⁴⁰ Frente a la pretensión del historicismo de alcanzar un conocimiento objetivo del pasado, el “tiempo ahora” define una visión de la historia gobernada por las urgencias de la situación presente; esta visión esencialmente política de la historia también actualiza el conflicto que enfrenta, en cada instante del tiempo, los dos principios de la repetición y de la revolución, de la continuidad y de la ruptura, de lo inmutable y de lo nuevo. Estas dos fuerzas son desiguales: el estado de las cosas reinante es el mismo que los que tienen el poder, es decir, todos los que un día lograron la victoria, se transmiten de generación en generación. La inercia gracias a la cual se perpetúan las injusticias pasadas sólo se puede quebrar con la irrupción de algo radicalmente nuevo, que no se pueda deducir en modo alguno de la suma de los acontecimientos pasados. Esta ruptura de la temporalidad histórica, esta aparición de lo imprevisible, es lo que Benjamin llama redención. Ésta no se sitúa en algún punto en el fin de los tiempos; todo lo contrario, acontece, o puede acontecer, en cada instante, en la exacta medida en que cada instante del tiempo —captado en su singularidad absoluta— hace aparecer un nuevo estado del mundo. La diferencia cualitativa de cada uno de los fragmentos del tiempo trae consigo siempre novedades, la posibilidad de cambio imprevisto, de una disposición inédita del orden de las cosas. Frente a la idea marxista de fin de la historia basada en una visión cuantitativa y acumulativa del tiempo histórico, se dibuja aquí la idea, tomada del mesianismo judío, de una utopía que surge en el corazón mismo del presente, de una esperanza vivida en el día de hoy. Redención o salvación ante todo de un pasado reprimido u oprimido del que procedemos y del que nosotros mismos debemos responder. La intervención mesiánica se produce contra toda expectativa y a destiempo y hace fulgurar como un relámpago la posibilidad de realizar deseos que la historia había enterrado bajo los escombros. El instante mesiánico es ese instante en suspenso o ese suspenso del tiempo en el cual se esboza la posibilidad ardiente, incandescente y bienaventurada de que por fin se haga justicia.⁴¹

³⁹ Cuesta Abad, José Manuel, *Juegos de duelo*, Abada, Madrid, 2004.

⁴⁰ Benjamin, Walter, *Gesammelte Schriften*, I, 3, *op. cit.*, pág. 1243

⁴¹ Proust, Françoise, *L'histoire à contretemps. Le temps historique chez Walter Benjamin*, Cerf, París, 1994, pág. 178.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria.*

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Benjamin plantea un giro copernicano en la escritura de la historia: lo histórico ya no pasa por la reconstrucción positivista del pasado, sino por su construcción en el presente. Lo que cuestiona la idea de la rememoración que presenta la filosofía de la historia de Benjamin y que se encuentra en la figura del testimonio es el fundamento mismo de la conciencia histórica moderna, a saber, que los fallos de la historia son inapenables: al igual que el proceso biológico de la selección natural, la evolución de la humanidad se mide, de generación en generación, por la desaparición de los vencidos y la supervivencia de los vencedores. Benjamin propone la visión de una historia en la que no se sacrifica nada, nada se pierde para siempre, en la que los muertos dejan de ser una pura nada. Una ética del testimonio es aquella que atiende a la voz de los hundidos, aquella que en el no lugar de la articulación entre los hundidos y los salvados permite leer lo que nunca se ha escrito, aquella que salva en la actualización de la rememoración. Porque testimoniar supone relacionarse con la propia lengua en la situación de los que la han perdido, instalarse en una lengua viva como si estuviera muerta o en una lengua muerta como si estuviera viva, mas, en cualquier caso, fuera tanto del archivo como del corpus de lo ya dicho.

Si cada momento del pasado se puede actualizar, desarrollar de nuevo en condiciones diferentes, en un nuevo escenario, no hay nada en la historia de los hombres que sea irreparable. Y de la misma forma no hay nada irreparable tampoco hay nada inevitable en el futuro.